

Una presentación de Roberto Arlt

Es tal el olvido de los escritores que de una manera real, efectiva, han sentado las bases de un ámbito específicamente latinoamericano en la novela o en la creación literaria, que su desconocimiento se va tornando en ellos casi una condición sine qua non. Aunque se les conoce de nombre, no hay una suficiente lectura, digamos, de Vicente Huidobro, de Juan Carlos Onetti o de Adolfo Bioy Casares. Pero otros son totalmente desconocidos: por ejemplo, Macedonio Fernández y Roberto Arlt. Nuestra vaga memoria nos aleja de las fuentes, de los elementos u obras que debemos volver a valorar, que debemos someter a su balance crítico. La lectura de otros escritores latinoamericanos, menos importantes, aglutina un mayor número de lectores o, al menos, el mayor esfuerzo de los lectores de nuestros países. Deberíamos extendernos más allá de escritores como Cortázar y Fuentes, hasta los que de una manera ya definitiva son nuestras bases reales: Onetti y Roberto Arlt, por ejemplo (y Macedonio Fernández, y Bioy Casares, y El hijo de ladrón, por ejemplo). La idea de Octavio Paz de que en México no tenemos memoria, creo que puede hacerse extensiva a Latinoamérica en estos márgenes literarios. Sin embargo, la relectura de estas obras proporciona el placer adicional del descubrimiento, del hallazgo que nos sitúa ante caminos en que nuestra literatura ha incursionado de una manera libre y, en ocasiones, como en Roberto Arlt, espléndida.

Junto con Borges, Bioy Casares y Onetti, Roberto Arlt es uno de los cuatro grandes escritores sudamericanos con una obra que nos expresa y nos transforma con nuestras ciudades y nuestras innumerables circunstancias (fantásticas, demenciales, metafísicas, políticas, etcétera).

Su literatura penetra en nuestras ciudades, sus gentes, sus fantasías, sus lecturas o desvaríos. En un Buenos Aires nítido como un recuerdo, vasto y limitado a la vez como las palabras, en la obra de Borges. En un Buenos Aires abierto y oculto, denso como una larga literatura, poderoso como un desvelo fantástico y aterrador por ser cotidiano, en Bioy Casares. En una Santa María fantasmal poblada de cada uno de los movimientos concretos de Montevideo, laberíntica y desolada como el alma del hombre, en Onetti. Hasta los Aguafuertes porteños y la incontenible imaginación de un tipo de vida que se repite arduamente en nuestros países, de una desafortada respuesta a la vida de cada día, a la invención y reinención, en Roberto Arlt. En ellos encontramos algo definitivo, algo que nos logra arrancar por fin las arterias que nos seguirán invadiendo con el pensamiento y la literatura.

Roberto Arlt rescata una virtud —o vicio— que en nuestras tierras suele prevalecer: la permeabilidad, el mimetismo. Esta rara facultad nos lleva a imitar, a calcar o a aceptar necesidades culturales que provienen de otros países. Hablamos con palabras que oímos, pensamos con pensamientos que recibimos. Este condicionamiento casi siempre francés, casi siempre del ordenamiento o síntesis cul-

tural franceses, nos hace volver infatigablemente los ojos a determinados círculos y publicaciones mediante los cuales nos atrevemos a ver la literatura o las ideas. Nuestros contactos con los clásicos latinos o griegos, digamos, está mediatizado por las lenguas francesa e inglesa. Nuestro contacto con los alemanes, a menudo despide también un aroma francés. Nuestro mimetismo nos lleva de un autor a otro y de una publicación o una corriente europea a otra, y no tenemos memoria suficiente para mirarnos, para volver a encontrar las primeras fuentes que nos dan de hecho una realidad literaria independiente. Esto lo dan Macedonio, Borges, Bioy Casares, Onetti y Roberto Arlt en la literatura sudamericana. Arlt es el primer escritor que se preña de su medio, que se mimetiza en su medio, su ciudad, su gente: desatan su imaginación, su furor de ficciones. Este mimetismo persiste cuando vive en España, en sus Aguafuertes españolas, y en sus artículos de Chile cuando vive en ese país, o cuando viaja a Marruecos. En cada uno de estos países, su incontenible imaginación se dejó marcar por esa vida. Del viaje a Marruecos nos quedaría un libro publicado en vísperas de su muerte: El criador de gorilas, del cual hemos tomado el cuento que aparece enseguida. Esta capacidad de ser permeable, significó en él la de ir más allá de estructuras preconcebidas, de bases extraliterarias que hoy nos abrumen. Pero nunca he sentido más presente al hombre y su imaginación (sin estar en palabras), que en los cuentos de Roberto Arlt.

Esto se acompaña en él de un desaliño de palabras, de una crudeza de narrador prosístico, ocupado en su imaginación pero no en su lenguaje. No hay un lenguaje nuevo artificioso (en el buen sentido) para hacer literatura su literatura: no ve esto. Su desaliño brota por el hombre, por su exploración, por su abandono a la fantasía y la ficción, dentro de su fuerte presencia humana. No es el "desaliño" poético de Onetti, por ejemplo (menos el de Evaristo Carriego o el de Almafuerte, al que Borges ha prestado oídos). No es el lenguaje artificialmente rescatado en la literatura, como tipicidad de personajes o hábitos argentinos que vemos en Borges o Bioy Casares. Es otra cosa: la literatura abierta a lo que en ella se desencadena o se abre paso, a su desatada capacidad de ser y de hacer (y no sólo de "traducir" o "comunicar"). Mas, para decirlo parafraseando a Borges, en Roberto Arlt esto ocurre porque así es él, es por "naturaleza su forma normal de ser. Su falta de estilo es un estilo de la imaginación, de la urgencia o prisa que la ficción produce en un narrador, y que pocas veces se aprecia claramente. Todos los escritores sudamericanos contemporáneos cuyo lenguaje es desenvuelto, coloquial, cotidiano, aprendieron a hablar en Roberto Arlt.

Así nació en Buenos Aires el 2 de abril de 1900, a sólo un año de diferencia con respecto a Borges. Su madre era austríaca y el padre alemán. De imaginación incontenible desde temprana edad, Arlt se ocupó en varios oficios durante su pubertad y publicó un

cuento por vez primera en una revista a los catorce años. El juguete rabioso es su primer libro, marcadamente adolescente. El trabajo periodístico lo acoge desde fecha temprana y, con el paso de los años, del 29 al 32, muestra su gran capacidad de trabajo que podía tolerar en sus series de Aguafuertes porteñas, cuya selección publicada en un volumen es una de sus mejores obras. Después vie-



nen dos obras emparentadas: Los siete locos y Los lanzallamas son, a fines de la tercera década y principios de la siguiente, novelas en que hace su ingreso la ciudad de Buenos Aires y una clase social específica. Publica otra novela en 1932 y sólo hasta 1933 publica una colección de cuentos: El jorobadito. Poco antes de su muerte, publica en Chile El criador de gorilas, narraciones espléndidas de donde hemos seleccionado un cuento. En sus cuentos y en sus aguafuertes, la imaginación incontenible de Arlt es más libre, más vigorosa, más abierta a todas las fluctuaciones de su ímpetu y su capacidad. Se comunica una incontenible capacidad de pensar, de imaginar, de dar todos los padecimientos de la fantasía, la gente, la ciudad, los hombres.

Junto con la mesa para sus invenciones literarias, poseía un taller y laboratorio para inventos. Su imaginación que lo rebasaba, que lo llevaba a inventos y a narraciones, lo envuelve en nuestros países como un escritor aislado, desafortadamente entregado a la fantasía, más allá de nuestras fronteras usuales. Trabajando en un invento en su laboratorio, con soluciones de goma benzoica, murió el 26 de julio de 1942.

Nueve años después de su muerte, en una cervecería de la calle Corrientes, Juan Carlos Onetti aguardaba el retraso de Emir Rodríguez Monegal y Jorge Luis Borges. Onetti le había pedido a Emir que lo presentara con Borges. Después de haber conversado un poco, algo alterado por la cerveza, Onetti preguntó rudamente qué veían en Henry James. La conversación de esa noche giró así en torno a James, sus libros, sus tramas, sus personajes, la crítica sobre él. Después de esas horas, cuando Emir Rodríguez Monegal acompañaba a Borges a su apartamento de la calle Maipú, le preguntó qué le había parecido Onetti. Borges contestó que le había agradado, mas agregó: —¿Por qué habla como un compadrito italiano?

“Toda la noche —dice Emir Rodríguez Monegal—, y sin que mi oído lo hubiera registrado, Onetti estuvo censurando a Borges al arrastrar las sílabas más que de costumbre, deliberadamente, como un acto fonéticamente agresivo y suicida. Comprendí sólo entonces que Onetti había sido esa noche una personificación de Roberto Arlt, aquel genial y loco narrador porteño, contemporáneo estricto de Borges... y al que Borges también había ignorado. Ese mismo Roberto Arlt que, antes que Onetti, Marechal, Sábato y Cortázar, había colonizado algunas zonas profundas de la triste Buenos Aires. Ahora comprendo que debimos haber hablado de Roberto Arlt y no de Henry James, aquella noche. Pero de todos modos, aunque la conversación giró en torno del maestro anglosajón, Onetti se las ingenió para que Arlt estuviera también presente.”

De manera semejante, Arlt está presente en los escritores latinoamericanos contemporáneos. Era tiempo de encontrarlo nuevamente. Es tiempo de repasar, de revalorar los principales escritores que en verdad tenemos.